

Entre bocazas anda el juego

ANTONI PUIGVERD

LA VANGUARDIA, 12.12.08

Joan Tardà es un bocazas. Y Manuel Fraga también. La frase "la calle es mía" era algo más que petulante. Abril de 1976: la transición no arrancaba y Fraga, ministro del Interior de Arias Navarro, avisaba a los sindicatos que no les dejaría celebrar el Primero de Mayo. En aquel mismo año, murieron por disparos de la policía en Vitoria cinco personas; y dos más en Montejurra. Ayer Fraga no llegó a ser tan explícito como Tardà en su reivindicación de la muerte de alguien, pero, a la luz de algunos hechos de su pasado, no pocos leerán la referencia a "colgar a los nacionalistas de algún sitio" como una invitación a lincharlos. Muchas son las diferencias que separan a Tardà de Fraga. La más importante es la profesionalidad. A pesar de los claroscuros biográficos, la contribución de Fraga a la desembocadura democrática de la dictadura salta a la vista. Si Fraga se hubiera echado al monte, la derecha española podría haberse decantado por el baño de sangre. Un baño que todo el mundo en España quería evitar (exceptuando las extremas derecha e izquierda y, naturalmente, ETA). Diga lo que diga, aunque sea feo, Fraga se ha ganado un lugar en la historia, y es un profesional de la política como la copa de un pino (si hubiera pedido perdón por sus errores sería el no va más - como lo sería que las izquierdas republicanas se hubieran arrepentido de los suyos-,pero no se pueden pedir peras al olmo).

Joan Tardà, en cambio, tiene un honorabilísimo historial como demócrata antifranquista en los años de plomo, pero demuestra no ser un profesional. Es un aficionado que tiende a la explosión visceral. Su desconocimiento de las consecuencias políticas de lo que hace y dice

daña a Catalunya y al Govern, pero particularmente a su partido. Si ERC quisiera ser un partido de minorías excitadas e inflamables, no estaría en el Govern asumiendo arduas consejerías, no colocaría al impecable jurista Ridao en el escaparate de Madrid, no pondría al frente de Cultura al profesor Tresserras, una de las cabezas mejor amuebladas del Govern. Tardà es expresión de un catalanismo que habla de oídas, que vive en una isla emotiva, que ignora la debilidad actual de los factores que permitieron la eclosión histórica de Catalunya y que, por consiguiente, no sabe discernir entre lo fundamental y lo accesorio. No sabe, por ejemplo, distinguir entre aliado subjetivo u objetivo. Un profesional enterado de la materia que lleva entre manos no ignora que el rey Juan Carlos es, en estos momentos, un aliado objetivo de Catalunya. Importantes sectores catalanistas persisten en ignorar que la obligación del débil es ser astuto, pues carece de fuerza para imponerse. Sólo el fuerte puede permitirse el lujo del exceso y la irreflexión.